

1917
983



CARAS Y CARETAS

EL FRACASO DE LA INDUSTRIA

— Señor ministro, uno de los medios de salvar al país sería favorecer la industria.
Pueyrredón. — ¡No crea, señor! Nosotros hemos establecido, como usted ve, una fábrica de sebo, y nadie quiere tomar acciones.

UNA PARTIDA DE PESCA

Con sus veteranas botas «patria», su chiripá rabón y su listada camisa de liencillo, don Crisóstomo penetró en la habitación que ocupábamos en el hotel, y, encasquetado el descolorido y deformado chambergo, masculló un:

— Güenas tardes, juventú...
— ¿Qué hay de nuevo? — interrogué.

El viejo, como si no hubiese oído, sacó el avío, hizo lumbre, reencendió el pucho y respondió al cabo:

— Va' star linda za la noche.

— ¿Para qué?... Yo la presiento nublada, húmeda y tormentuosa.

— Eso. Va' star linda.

— ¿Para que piquen los mosquitos?

— Eso. Cuando pican los mosquitos, pican también los pescaos... Y como ustedes m'encargaron...

— ¡Comprendido! — exclamó a un mismo tiempo mi amigo Samuel y yo.

Tenía el viejo don Crisóstomo bien adquirida fama de ser el más mañoso pescador de la comarca y nos había prometido una partida en momento propicio.

— Muy bien, muy bien, — le expresé agradecido. — ¿Y, pescaremos con caña o con aparejo?

— Caña y aparejos carece llevar; los aparejos pa echarlos al arroyo y la caña a nuestros gañotes... Encarguense ustedes de las cañas que yo m'encargo 'e los aparejos... Tengo sais empatillaos como pa ráises de los dientes de las tarariras...

Quedamos convenidos en que vendría a buscarnos después de cena; y como el viejo hiciera ademán de marcharse, mi amigo le instó:

— ¿No sería bueno probar primero la caña?

— Siempre es güeno revisar las armas antes de dir a peliar, — respondió el pescador.

Fuimos al despacho de bebidas y nos hicimos servir tres whiskys.

Don Crisóstomo la probó, hizo una mueca, y dijo:

— Caña inglesa.

— ¿No le gustará a los pescados? — mofó Samuel; y el viejo trucha a responder:

— Sí; aura en nuestro país hasta los pescaos están agringaos...

Después de cena el viejo fué a buscarnos. Llegó cargado con todos los «preparos»: en una bolsa, un costillar de cordero, una gallina hervida, la pava, el mate, un atado de yerba, los aparejos, un tarro con lombrices y un corazón de vaca para cebo, y algunos otros menesteres.

— ¿No falta nada? — psegunté.

— El beberaje no más.

— ¿Y el asador?

— ¡Cómo no hay palos en el monte!...

Complementadas las provisiones con pan, vino y whisky, subimos al breack que nos esperaba y veinte minutos después nos instalábamos en una obra de la margen occidental del Gualaguaychú.

— Lo primero es lo primero, — sentenció don Crisóstomo.

Y lo primero, es claro, era hacer fuego, llenar de agua la pava, cortar el asador de tala y ensartar el asado. Después, un par de tragos a la «caña inglesa», y



en seguida a cebar los anzuelos y echar al río las líneas. Hecho todo eso, metódicamente, con la mayor paciencia, se marchó a preparar el cimarrón, dejándonos a nosotros sentados al borde del agua, con un aparejo en cada mano, en actitud de escolares en penitencia.

Regresó al cabo de un largo rato trayéndonos el mate.

— ¿Pica? — preguntó.

— Los mosquitos sí, los peces no, — respondió Samuel con cierto mal humor.

— Cada cosa a su tiempo; después que me desocupe de arreglar las brasas p'al asao yo viá venir a enseñarles como se hace pa que las tarariras y los bagres se vengán derechito a tragar el anzuelo... a no ser...

— ¿A no ser?...

— Que se haiga augau algún cristiano y no tengá hambre.

Se fué, volvió y tornó a irse y a volver acarreado el mate, mientras nosotros empezábamos a impacientarnos en nuestra ridícula inmovilidad de ídolos budhistas, imposibilitados hasta de defendernos de los mosquitos que nos acosaban con saña feroz.

— Esto no es programa, — exclamó Samuel después de más de dos horas de estúpida espera. — Sea mejor churrasquear y marcharnos. ¿Está pronto el asado?

— Entuavía le falta un piacito, — respondió el viejo. — ¿Se conoce que ustedes son charabones en esto 'el pesquerío!... Pa pescar y carece tener paciencia. Miren: ya encomienza a moverse el cardumen... Ven esos gorgoritos qu'está haciendo el agua!... Son el suello 'e los bagres. Detrás de los bagres vienen las bogas y las tarariras...

Y como transcurría el tiempo y no sacábamos ni una mísera mojarra, ni aparecía más don Crisóstomo, resolvimos levantar campamento.

Fuimos al fogón y encontramos la tercera parte del costillar, negro y achicharrado, y al viejo maestro de pesca prendido a la última botella de whisky...

Samuel, indignado, dijo:

— ¡Parece que es más fácil pescar con caña que con aparejo!

— Dejuro que sí, — respondió don Crisóstomo arrojando la botella vacía...

MARTÍN LAGUNA